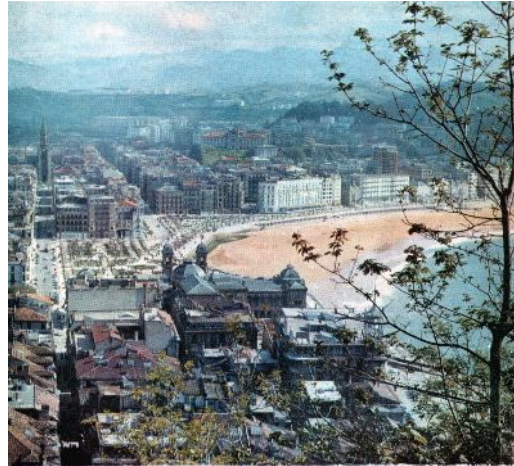


## UNA HISTORIA DE VIDA

### Mercedes Vázquez

*Hablo de mi historia para que mis nietos sepan quién fue su abuela, y para que el dolor de la guerra no vuelva a repetirse.*



Soy Mercedes Vázquez Martín. Nací en San Sebastián, en Intxaurrondo. Fui bautizada en Alza, el 4 de noviembre de 1926. Mis padres eran José Vázquez Flores y mi madre Inocenta Martín Millán. Ellos eran de Madrid. Fuimos once hermanos. Las mujeres fuimos cinco; una murió al año de nacer, se llamaba Anita, y ahora vivimos cuatro: Manola, María, Pepita y Mercedes. Los varones fueron José, Rafael, Andrés y Juanito, espera que ya no recuerdo, y Carlos, ese vive. Yo soy la penúltima. Nací antes de Juanito. Cuando yo tenía tres años nació él.

Antes de la guerra vivíamos en la avenida de Navarra. Nuestra casa era un piso. Tengo muy pocos recuerdos de mi niñez. Cuando tenía ocho años recuerdo que hice mi primera comunión y recuerdo que mis hermanas me bañaban y peinaban. La que más me cuidó fue María, la que ahora vive en Francia.

De mi madre, la recuerdo sólo como ama de casa, tenía muchos hijos. ¿A dónde iba a ir la pobre? Mis pensamientos de ella eran muy vagos: todo el día estaba lavando y preparando la comida. Éramos once hijos. Tengo muy pocos recuerdos.

Mi papá era alto, muy bueno y cariñoso con los hijos, sobre todo con los mayores. Tenía debilidad por mi hermana la mayor. Ella cuidó de todos nosotros.

Mi padre sabía cómo educar a los hijos. Era paraguero, arreglaba paraguas. Tenía una fábrica de paraguas aquí, en San Sebastián, en Amara. Le fue mal en el negocio y se colocó de restaurador de muebles antiguos. Cuando estalló la guerra él era reparador de muebles.

Mi padre era republicano y luchaba para que pudiéramos comer todos los obreros. Se fue a luchar con los republicanos, así que a todos los pequeños nos mandaron con María a Francia. Nos mandaron a Poitiers. Salimos de Bilbao a Francia en el barco Habana. Estuvimos nueve meses allí; llegamos como refugiados de guerra a

una colonia. Allí nos daban de comer, dormir y todo. Íbamos a recolectar guisantes mis hermanos y yo, y nos pagaban. Estábamos en Francia. A los niños de la guerra les mandaban al otro lado. Recuerdo cómo me vestían. También recuerdo que venía un francés a tocarnos la puerta y nos gritaba “españoles, coupe la tête”, es decir, “que les corten la cabeza. Nos daba miedo, éramos unos niños. También recuerdo que venía gente del mismo pueblo a traernos ropa.

Mi hermana Pepita iba a trabajar, y recuerdo que una vez estaban unas cacerolas de leche grandes para que cuando nos levantáramos tomáramos leche con una taza. Recuerdo que Pepita tomó su taza de leche y le salió una rata.

Después de nueve meses, una vez terminado el convenio, teníamos que coger un destino así que nos mandaron a Barcelona, en donde nos reunimos con mi madre. Y ahí vivimos, en Premià de Mar, un pueblo cerca de Barcelona. Ahí estuvimos todos menos mi padre. Era un convento de monjas, pero vacío. Nos permitieron vivir allí. Vivíamos en un cuarto grande y mi madre separó a los chicos y las chicas con una sábana blanca. Nosotros teníamos que hacernos de comer y todo. Mi madre iba una vez al mes de Premià de Mar a Barcelona. En Barcelona estaba el gobierno republicano. El nombre de mi padre venía en las listas pero lo declaraban como “desaparecido”. Entonces a mi madre le daban una paga pues tenía tantos hijos, y con esa paga nos manteníamos. Comíamos bien con esa paga. Andrés y Carlos, mis hermanos, traían patatas de los campos, boniatos, que es como una patata pero dulce. No pasamos hambre, ¿eh? Cuando terminó la guerra, regresamos a San Sebastián.

Nos recogió mi hermana mayor que se llama Manola, a todos los hijos y a mi madre. A mi padre ya lo habían matado, pero nosotros no lo sabíamos. Cuando estábamos en Premià de Mar, a mi padre lo metieron a la cárcel y lo mataron. Pero en las listas de Barcelona no ponían “muerto”, ponían “desaparecido”. El dueño de la tienda en donde trabajaba mi padre era concejal del ayuntamiento y le denunció. La tienda se llamaba C. de A., en la Avenida de España. Curiosamente, cuando terminó la guerra él y su hermano también murieron pero de enfermedad.

En ese tiempo, mi hermana casada estaba por dar a luz, y ella y mi cuñado iban a ver a mi padre a la cárcel. Los funcionarios de la cárcel le dijeron a mi hermana: “cualquier día sacarán a tu padre y lo matarán y nosotros te vamos a avisar cuando le saquen para matarlo”. El día que lo sacaron, mi cuñado les dio una propina a los funcionarios para que le entregaran el cuerpo envuelto en una manta. Mi cuñado ya tenía comprado el panteón. Y se le metió en el panteón. Su tumba estuvo mucho tiempo sin nombre, porque no permitían que tuviera nombre. Antes de que lo mataran, mi hermana la mayor, Manola, pidió clemencia a Franco para que no mataran a su padre, pero no le contestaron.

Cuando llegamos a San Sebastián, a mis hermanos no les daban trabajo porque habían estado en la “zona roja”. Los de la zona roja éramos los que nos habían sacado de aquí. Nos habían quitado el piso, ya no teníamos piso, no teníamos dónde vivir. La policía solía quitar las alhajas. Todos los que habíamos salido fuera pasábamos por Atocha. Y ahí registraban a los mayores, y de paso les quitaban todo, “para servir a la causa de Franco”. Por eso mi madre tuvo que meter las alhajas en un jabón. Le hizo un agujero al jabón y luego le talló para que se viera como si no tuviera nada dentro.

A mi hermana Manola un señor que, supongo yo, era algún funcionario de los nacionales, le ofreció ir a ver la casa en donde nosotros vivíamos para ver qué muebles podíamos recuperar. Cuando mi hermana llegó a la casa en donde habíamos vivido ya no estaban nuestras cosas. Así que el funcionario habló con la portera para ver qué había pasado con nuestras cosas. La portera le dijo “pues alguien se lo habrá llevado” pero que ella no lo sabía. El funcionario le pidió ver su casa a la portera y allí mi hermana se dio cuenta de que la portera tenía nuestras cosas. Había una máquina de coser Singer y mi hermana dijo: “esta máquina es de mi madre”. La portera dijo: “no, es mía”. Así que mi hermana, para probar que ella tenía la razón, le dijo: “sí, mire debajo de la máquina. Hay una mancha negra. Es una mancha de resina de una de las bolas de los cipreses que quizás uno de mis hermanos pegó ahí y quedó manchado”. El funcionario revisó la máquina y se dio cuenta de que allí estaba la mancha. Fue así como pudimos recuperar algunos muebles que eran nuestros.

Mi hermana no quería decirnos que a mí papá lo habían matado, pero una vez la seguimos al cementerio y así fue que supimos que estaba allí.

Cuando termino la guerra también nos enteramos de que a mi hermano Rafael lo habían matado en Madrid. No tenía más de veinte años. “Dios mío, hija, qué cosas pasan en la guerra”. De ese no nos dieron el cadáver, ve tú a saber dónde lo enterrarían. Es igual, ya están todos muertos. Mi madre no se quitó nunca el luto. Cuando se enteró de lo de Andrés no lloró, no hablaba con nadie, sólo se preguntaba “¿quién le mandaría ir a este hombre a la guerra?”

Mi hermana María, quien ya tenía unos veinte años o más, se quedó a vivir en Francia. Allí se casó y tuvo cinco hijos. Ella no regresó a San Sebastián después de la guerra.

Mi hermana Manola, la mayor, les buscó un piso a mi madre y mis hermanos. El piso que consiguió era en el barrio de Loiola. Yo me quedé con mi hermana Manola, para ayudarle a cuidar de sus hijos.

Tengo un certificado donde se prueba que mi padre fue ejecutado. Es del Centro Penitenciario de Preventivos de la Cárcel de Martutene. Y dice: “Que consultados los archivos de este establecimiento, aparece documentación relativa a Don José Vázquez Flores, hijo de Andrés y de María, natural de Madrid, de estado casado, de profesión mozo de almacén de 51 años de edad; ingresado en este centro el día 10 de septiembre de 1937 a disposición de Gobierno Militar en causa del juzgado militar nº12 de Amat; y salió para ser ejecutado el día trece de agosto de mil novecientos treinta y ocho. Y para que así conste a petición de parte interesada, expido la presente que firmo y sello con el del establecimiento y el visto bueno del Sr. Director, en San Sebastián, al diecisiete de marzo de mil novecientos ochenta y uno.

Este certificado se expidió a iniciativa de Felipe González que quiso apoyar a los familiares de quienes habían muerto en la guerra. Con este certificado el Ministerio de Economía de Hacienda de Madrid me da 18, 96 euros, por se hija de un padre que ha muerto en la guerra.

La derecha nunca ha pedido perdón por los muertos de la guerra. Pero, eso sí, nos tiene que recordar después de cuarenta años, a los que han muerto por ETA. A ellos

primero les dan un millón o dos de pesetas y luego llegan a dar hasta 300.000 pesetas al mes. A ambos nos paga el estado. ¿Ves la diferencia? Pero si está tan muerto uno como el otro...

En una ocasión llegó a mi pensión un chico a buscar a una joven alemana que estaba estudiando castellano y que se hospedaba en mi piso. El joven la había invitado a salir. Al verlo le pedí que se sentara pues lo reconocí. Él era, A., el hijo del concejal que había denunciado a mi padre, Le dije quien era yo y se sentó sorprendido. Lloró conmigo, y le dije “no se si sabrás, pero mi padre, cuando trabajaba con el tuyo, te ha llevado de la mano a la escuela más de una vez”.

Donostia-San Sebastián  
Junio de 2007